

Un mundo sin mapas

Luciano Tomassini¹



EL MUNDO EN LA ERA DE LA GLOBALIZACIÓN

Hace dos años escribía en *Estudios Internacionales*: «En los últimos decenios el sistema internacional ha experimentado cambios tan profundos que, para comprenderlos, se requeriría de un paradigma distinto de los que hasta ahora se han propuesto para analizarlo o describirlo. Lo que es más, en estas notas sostendré que para entender la forma en que hoy se desarrollan las relaciones internacionales es necesario abandonar la pretensión de que aquellas se ajustan a un paradigma o a un esquema. Y argüiré también que en los últimos treinta años las sociedades del mundo occidental han vivido una transformación cultural sin precedentes desde que se plasmaron sus rasgos fundamentales, durante la antigüedad clásica, un cambio adverso a los grandes relatos o modelos que en el pasado

pretendieron moldear sus sociedades». Atribuía allí a ese cambio cultural la transformación que ha experimentado el sistema internacional durante el último período¹. El nuevo sistema internacional tenía, según aquel análisis, una extrema volatilidad y planteaba una pregunta similar a la que se formulaba un panadero del siglo XVI con aficiones metafísicas ¿qué queda del queso cuando los gusanos se lo han comido todo y solo quedan sus hoyos?².

En ese artículo, después de pasar revista a las principales escuelas que han tratado de dar una explicación global acerca de la estructura del sis-

¹ Tomassini, Luciano «El Mundo y la Sociedad en la Era de la Globalización», en *Estudios Internacionales*, número 154, Julio-Septiembre de 2006, artículo solicitado para el cuadragésimo aniversario del Instituto de Estudios Internacionales de la Universidad de Chile.

² Guizburg, Carlo *El Queso y los Gusanos*, edición de Munchik, 1981.

³ Profesor visitante de la Familia Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO).

tema internacional, y de fundamentar su estado de indeterminación y fluidez actual, mencionaba dieciséis casos que demostraban la capacidad interpretativa que poseía la escuela de interdependencia compleja nacida a finales de los años sesenta, que sigue siendo su mejor interpretación contemporánea en comparación con la escuela realista, y presentaba otros dieciséis casos que permitían apreciar la magnitud de los cambios que experimentó dicho sistema³.

Dos años después procuraré describir someramente los grandes problemas que concitan la preocupación de los actores del actual sistema internacional por la vía de un comentario informal y no erudito acerca de ellos⁴. Mientras que la publicación de hace dos años tenía detrás una concepción global del actual cambio cultural, estos comentarios carecen de toda visión general, pese a lo cual los fenómenos en que se centra confirman la dirección de las transformaciones antes reseñadas. Hace apenas un cuarto de siglo el mundo se encontraba dominado por los problemas de la guerra fría, de la carrera nuclear, de la desigualdad inherente al comercio internacional, de las consecuencias de la expansión de las corpo-

raciones transnacionales, de la pobreza y el subdesarrollo o de la cooperación económica internacional. Algunos de esos desafíos han perdido relevancia y, en todo caso, en conjunto han dejado de monopolizar el escenario global. Otros problemas que estaban presentes y sobre los cuales no se había tomado suficientemente conciencia en la comunidad internacional se han inscrito en la agenda mundial, como los límites del crecimiento, identificados con precisión en la Conferencia de Estocolmo de las Naciones Unidas en 1972, o la presión demográfica de los países en desarrollo sobre las naciones industrializadas. La actual agenda internacional no solo incorpora nuevos temas y presenta bajo nuevas luces cuestiones antiguas sino que, al hacerlo, altera profundamente la estructura y el sentido del sistema internacional que imperó durante la última posguerra el cual, por lo demás, proyectó las consecuencias del proceso de industrialización que vivieron las grandes potencias durante el siglo XIX y el nacionalismo consolidado en el siglo XVII.

Durante los últimos años, el cambio de la agenda internacional alteró profundamente la estructura del sistema, lo que no ocurrió de inmediato ni debido a un solo factor, como pudo ser el final de la guerra fría en 1989. «El año 1917 había visto la destrucción del orden imperante en Rusia. El año 1936 había presenciado la destrucción del orden establecido en Alemania. Esos dos dramáticos eventos habían generado un conflicto entre el comunismo y el

³ A fines de los años sesenta participé en las primeras reuniones celebradas por el grupo que inició esta escuela, en el Cosmos Club de Washington, pero posteriormente me fue imposible frecuentarla.

⁴ La sección Opinión de esta revista tiene por objeto publicar comentarios de este tipo.

nazismo, la segunda guerra mundial, la expansión del comunismo y su imposición en toda la Europa del Este. En 1989 presenciamos de qué manera se derrumbaba esa división que parecía permanente. Durante ese año no pasó ni una sola semana sin que la antigua Unión Soviética asombrara al occidente, que había estado convencido de que la ideología y el poder del comunismo en ese país permanecería intacto por lo menos cien años después de la revolución soviética de 1917»⁵.

Sin embargo, los problemas internacionales más relevantes del siglo XXI no se alinearían como en el pasado en torno a unos pocos ejes constituidos por la ideología, el poder militar y la geografía. Por eso, como anticipaba el autor de este comentario en el artículo publicado el 2006 en esta revista, el actual sistema internacional es menos estructurado, más imprevisible y más volátil que el escenario tradicional. Aquí se relevarán someramente algunas de las cuestiones que han introducido en ese escenario este cambio estructural: la de la evolución experimentada por los poderes tradicionales, la del desafío planteado por las potencias emergentes, la del impacto internacional de la industria financiera, la de la crisis alimentaria, y el problema energético mundial. En un artículo de opinión no hay espacio para mencionar todos los temas que han influido en este cambio, ni para

aportar nuevos antecedentes sobre cada tema, sino solo para generar una visión de conjunto acerca de la magnitud del cambio experimentado en la agenda y en el sistema internacional a causa de esos hechos.

LA TRANSFORMACIÓN DEL TABLERO INTERNACIONAL

Alexis de Tocqueville predijo hace dos siglos en *La Democracia en América* que Rusia y América del Norte serían en el futuro las potencias dominantes. Su profecía fue cumplida. Pero nunca como ahora habían surgido dudas plausibles de que esta situación continuaría en los próximos cincuenta años. La pregunta acerca de si los Estados Unidos podrá volver a ganar una guerra dadas las características que estas han adoptado ahora y si se aproximan a una recesión preocupan tanto a ese país como a los del resto del mundo. Es cierto que, aunque atenuados, el crecimiento de su economía y de su capacidad tecnológica continúan liderando el desarrollo mundial. Los pies de barro de dicho proceso están en su sistema financiero, que ha sufrido las presiones de ese dinamismo económico y del aumento del ingreso de los norteamericanos medios, del aumento del riesgo empresarial y del consumo privado, y la pérdida de seguridad de los valores hipotecarios y su impacto en la industria bancaria, en los fondos financieros y capital de portafolio, que en septiembre de 2008 el gobierno federal procuró revertir

⁵ Gilbert, Martin (2002) *History of the Twentieth Century*. Vol. III, 1952 – 1959, Norrow and Co., p. 152.

mediante la intervención de Fanny Mac y Freddy Mac, dos empresas que habían adquirido los dos tercios del valor de las hipotecas.

Entre las tareas pendientes que amenazan seriamente la economía americana se encuentran las de mejorar sus servicios de salud y de introducir en el sistema una cobertura universal que alcance a los 50 millones de norteamericanos que carecen de servicios médicos, lo cual podría costar entre 100 y 200 miles de millones de dólares. Ello incide en el debate sobre la carga impositiva que requiere ese país y si es conveniente o no echar marcha atrás en los recortes que efectuó el presidente Bush. Desde hace tiempo preocupa también el endeudamiento que mantiene el gobierno con los fondos de pensiones de los trabajadores norteamericanos. Republicanos y demócratas, McCain y Barak Obama, están profundamente divididos frente a esos problemas. Esa división es muy aguda en torno a cuestiones morales como el aborto y el matrimonio entre personas del mismo sexo.

Llama la atención enseguida que, deliberadamente o no, aquí no se haga figurar en primer lugar los desafíos planteados por Irak e Irán a los Estados Unidos. El aspecto menos negativo de Bush ha sido probablemente su política exterior y dentro de ella la construcción de puentes con la Unión Europea, tarea en que el presidente fue ayudado eficazmente por su Secretaria de Estado Condoleezza Rice y por la elección de Sarkozy en Francia. Pero las guerras libradas por ese país en el Golfo, Afganistán e Irak, como antes en Vietnam, y

sus consecuencias, han sido un fracaso, sobre todo en el mediano plazo. El desmantelamiento de Irak y su división entre shiítas, sunitas y kurdos no han sido mitigados, pese a la importante presencia de los Estados Unidos, que terminará este gobierno con más de cien mil efectivos en territorio iraquí.

Habiéndose desovietizado, por lo menos en lo formal, Rusia continúa siendo un problema internacional, sea por su centralización, por su forma de utilizar su poderío petrolero o por su rol amenazador en lo que fue el imperio soviético, que estima debe continuar siendo su esfera de poder. El verticalismo ruso no ha variado ni durante el imperio de los zares, ni durante el régimen soviético ni tampoco en la actualidad. El apoyo de que goza Putin se debe en parte a su control de la política, el parlamento, la economía y los medios, pero en parte también a que su riqueza petrolera ha producido –o promete– un considerable mejoramiento de las condiciones de vida de la población del país y una fuerte influencia externa. Sin embargo, no se trata de un apoyo basado en el éxito o en el consenso, como lo demuestran las frecuentes intervenciones militares que el gobierno ruso organiza en respuesta a los diversos focos de descontento o de protesta. La tendencia a vender en el mercado internacional las acciones de las grandes compañías rusas recientemente privatizadas por los ex jefes del régimen soviético y la preocupación que esto genera en su entorno geográfico y político, contribuyen a atribuirle

una presencia inquietante. Sin embargo, y a pesar de su similitud en los métodos, los objetivos de Putin son muy distintos de los que perseguía la antigua Unión Soviética y se basan en recursos muy diferentes de los de antes, lo que ha llevado al presidente Bush a proclamar la defunción de la carrera nuclear.

En el nuevo escenario internacional el papel de la Unión Europea se advierte más ambiguo que antes. Como consecuencia, seguramente, de sus políticas sociales, sus economías aparecen menos flexibles y dinámicas que las de Estados Unidos, especialmente la de Francia, en un período en que todas las sociedades del mundo dependen estrechamente de su crecimiento económico a fin de paliar las incertidumbres y turbulencias tecnológicas, energéticas y financieras globales. Sin embargo, por otra parte, el modelo económico-social europeo sigue teniendo un inmenso valor para sus propias sociedades y para el resto del mundo, en donde el área británica, los países asiáticos emergentes y, en alguna medida, los que provienen de la antigua Unión Soviética han adoptado políticas de mercado más agresivas o rigurosas, según el modelo norteamericano. En los años sesenta y setenta el éxito de la Comunidad Europea contribuyó al comercio y al crecimiento de los países de Europa, por lo que estos estuvieron dispuestos a ceder a la comunidad pequeñas cuotas de soberanía. Las dificultades económicas y el proceso de aprobación de una Constitución Europea han puesto de manifiesto que toda profundización

adicional de este proceso tiene mayores costos y menores consensos que hasta ahora. Sarkozy aportó aire fresco al gobierno de Francia después de doce años monárquicos bajo Jaques Chirac. El nuevo presidente ha mostrado talento, imaginación y energía en su proyecto de inclusión política. Pero ¿podrá convertir esas cualidades en un cambio real? De tener éxito, no solo impulsaría una profunda renovación en Francia sino también un serio cuestionamiento de las políticas seguidas hasta ahora por la UE. Para ello tendrá que superar tres desafíos pendientes: la modernización de la economía francesa, la creación de buenas relaciones con los estudiantes y los sindicatos en un año en que se conmemoró el de 1968, y la aplicación de una política exterior en que se mezcle la herencia gaullista de una Europa fuerte con una estrecha sintonía atlántica y una apuesta por recuperar la influencia mundial que tuvo su país. Francia, bajo Sarkozy, ha procurado asumir un rol de mediador mundial, ha apoyado fuertemente el Tratado de Europa simplificado que entrará en vigor el primero de enero de 2009 y ha cambiado profundamente sus relaciones con los Estados Unidos, que Sarkozy ve como un modelo. El eventual éxito de Sarkozy influiría sensiblemente en el desarrollo de los asuntos europeos.

Tanto los roles como las relaciones entre los dos grandes poderes de hace solo veinticinco años se han puesto a

* The Economist, «The World in 2008», p. 88.

prueba con la intervención rusa en la independencia de Osetia del Sur respecto de Georgia. La «guerra de agosto», como llaman los rusos a ese episodio, puso de manifiesto la obsolescencia de un tipo de intervención semejante a las que sufrieron Hungría y Checoslovaquia en los cincuenta y los sesenta. Y, lo que es más importante, permitió ponderar el peso de los antiguos y los nuevos intereses en un sistema internacional globalizado. La acción de Rusia tuvo por objeto proteger lo que aquella considera sus «intereses especiales» en su vecindario, pero de hecho provocó una aguda caída en el mercado de los valores rusos y tornó más difícil sus relaciones europeas en el próximo futuro. De mantenerse el conflicto, a largo plazo vería limitarse sus posibilidades de llegar a ser un poder europeo, condición necesaria para aspirar a convertirse nuevamente en un poder mundial. Estas aspiraciones, y la economía rusa, son intereses mucho más importantes para la ex gran potencia que su control sobre los países vecinos, aun tratándose de aquellos que poseen grandes recursos petroleros. En su reunión del primero de septiembre los líderes europeos, tras vencer dudas como las de Alemania e Italia, acordaron unánimemente congelar cualquier forma de asociación con ella hasta la iniciación de negociaciones serias respecto de Georgia. Lo que podría ser uno de los mayores errores de Rusia después de los noventa puede también convertirse en una oportunidad para que la UE cierre filas y haga oír su voz

en los asuntos internacionales, mostrando de paso mayor legitimidad que los Estados Unidos.

La posición de los tres centros de poder ha cambiado, pues, profundamente, mientras que los países y regiones emergentes adquieren una gravitación desconocida.

LOS PODERES EMERGENTES

El sorprendente desarrollo de China y de la India está alterando profundamente ese tablero. No había ninguna clave histórica que permitiera anticipar el proceso chino, no solo durante su período comunista que la situó de espaldas a un desarrollo mundial basado en el mercado, sino que también en su historia milenaria. A lo largo de sus diversas dinastías el imperio chino fue preponderantemente estático, en forma coherente con la preocupación por el orden, el equilibrio y las buenas maneras del confucianismo, y completamente vuelto hacia adentro e incluso amurallado. China inventó el papel pero no el libro, la pólvora, que utilizó para hacer fuegos de artificio, y el regadío que fortaleció su desarrollo interno. Pero estos, como muchos otros inventos, jamás tuvieron un papel socialmente innovador como en el occidente. En el siglo XIV, poco antes de los descubrimientos geográficos, el almirante Huang Ho construyó por primera vez una gigantesca flota oceánica con que recorrió el océano Índico, así como las costas de la India y las de África, para destruirla

cuarenta años más tarde retrotrayendo los transportes de China a sus grandes ríos interiores. Su primera apertura al mundo tuvo lugar en la segunda mitad del siglo XIX, cuando en la guerra del opio las potencias occidentales abrieron sus puertas con sus cañoneras a un comercio no deseado. Por eso fue tan sorprendente que durante los últimos veinticinco años se haya desencadenado un proceso de modernización económica y social que le ha permitido crecer alrededor de un 10% anual. Muchos más importante que su despegue son sus causas. Las últimas explicaciones del fenómeno se escalonan entre las que lo atribuyen a las semillas sembradas por el comunismo y las que explican por una limitada aceptación del liberalismo occidental. La historia de China, en la superficie, parece ser la de un cerrado régimen comunista que emprende un proceso eficiente, rápido y masivo de adhesión a la economía global y coloca al país en el camino del desarrollo. Esta historia avala una vieja y controvertida presunción: la de que la democracia promueve el crecimiento porque impone límites a las autoridades y garantiza la libertad de los emprendedores y de los ciudadanos. China no despegó porque era autoritaria. Más bien despegó porque las reformas políticas liberalizantes de los años ochenta comenzaron a mitigar el carácter autoritario que mostró el sistema político del país a partir del triunfo del marxismo. Fue entonces cuando el producto comenzó a aumentar, la pobreza a disminuir y a mejorar la distribución del ingreso.

El retiro obligatorio de los directivos públicos, los experimentos en autogobierno rural, la relajación del control sobre la sociedad civil, la introducción del derecho de propiedad, la legitimación de que las residencias fueran de propiedad privada, una mayor transparencia muy limitada en los medios y el fortalecimiento del Partido Nacional del Congreso, precedieron sus resultados económicos. En los años noventa el gobierno chino comenzó a revertir estas medidas. Su comportamiento económico se mantuvo en el tiempo, pero comenzó a erosionar la distribución del ingreso y los servicios de educación y de salud, que habían constituido su principal ventaja comparativa⁷. No obstante lo anterior, China se ha colocado en la posición de un gigante económico internacional, no solo con base en sus recursos minerales y energéticos, sino en un acelerado desarrollo de su industria y su tecnología, incluyendo áreas ejemplares en emprendimientos fuertemente arraigadas en el tejido social del pueblo chino.

Aunque el dilema entre la estructura política y el desarrollo económico subsista, a la larga deberá resolverse y solo los académicos podrían dudar de que durante la primera mitad del siglo XXI China reunirá las condiciones para disputar el primer lugar entre las grandes potencias. Quisiera ejemplificar la alusión a los académicos en Zbigniew

⁷ Yasheng Huang, *Capitalism with Chinese Characteristics*, Cambridge University Press, 2008.

Brzezinski, un verdadero filósofo de las relaciones internacionales, que hace diez años se atrevió a pronosticar que China se convertiría en una potencia regional en el Extremo Oriente, a condición de que se subordinara a las políticas de Japón y de los Estados Unidos e insistiera en poner límites a la India, entre otras cosas mediante una alianza con Pakistán. El afamado autor dudaba de que sus explosivas tasas de crecimiento pudieran mantenerse en las siguientes dos décadas, pues ello requeriría «una inusual y feliz combinación de liderazgo nacional, tranquilidad política, disciplina social interna, altas tasas de ahorro, estabilidad regional y flujos muy altos de inversión externa,», condiciones que, salvo la última, China ha mantenido por milenios. Su otra duda, proveniente de un parroquianismo típicamente norteamericano, radicaba en que China pudiera desarrollar una democracia al estilo estadounidense, como si en el mundo cosmopolita de hoy esta fuera la única experiencia de democracia posible⁸.

Aunque que con menos espectacularidad y sin juegos olímpicos, la India ha sido la segunda sorpresa que al comenzar el siglo XXI ha tenido el mundo. Pese a su diversidad étnica y a

la magnitud que en el segundo país más populoso del mundo posee la pobreza, la India ha mantenido una democracia llena de turbulencias que, con todo, se han ido resolviendo gracias a la educación británica, al Partido del Congreso formado por Mahatma Ghandi y a una dinastía constructiva formada a partir de Indira Ghandi, su hija Sonia y su marido Rajad, los tres asesinados. Durante este último período el país ha cosechado las promesas que desde hacía tiempo encerraba su sistema de educación superior, desarrollando una capacidad tecnológica que en gran parte exporta a los Estados Unidos y al resto del mundo industrializado, pero una fracción de la cual es retenida en la India para hacer posible el desarrollo de industrias de punta y de grandes conglomerados industriales y de servicios, como el grupo Tata. Durante él, los gobiernos lograron mejorar las condiciones de vida en una parte considerable del mundo rural, en donde está radicada la mayor parte de la pobreza, mediante programas masivos de creación de empleos y la condonación de las deudas de unos treinta millones de pequeños propietarios agrícolas, medidas con las cuales esperaban basar el crecimiento en una fuerza de trabajo más calificada y en una paz social menos amenazada que en el pasado.

El espectacular desarrollo de India y China no son dos fenómenos completamente separados. «Asia es una sola», fue la frase con que hace un siglo el historiador del arte japonés Kakuso Okakura inició su libro *Ideales de*

* Brzezinski, Z. *El Gran Tablero Mundial: La Supremacía Estadounidense y sus Imperativos Estratégicos*, Paidós, 1997, pag. 157 y siguientes. El autor insiste en la tesis del «liderazgo regional» en *El Dilema de los Estados Unidos. ¿Dominación Global o Liderazgo Global?*, Paidós, 2004, pag. 128 y siguientes.

Oriente, impactando profundamente al mundo occidental. Entre los diversos factores que han permitido construir esa unidad subterránea en el mundo asiático se encuentra su rechazo a las políticas imperialistas de las potencias occidentales". A partir de un ingreso per cápita inferior a 300 dólares antes de 1990, en veinte años ambos países han sobrepasado los 600 dólares per cápita y siguen incrementando aceleradamente el ingreso de la gente. La misma publicación recién citada, a modo de introducción a la sección dedicada al Asia, escribe: «Hay un cambio histórico que se está produciendo a nivel global. Las economías a través de Asia se están transformando desde pasajeros a conductores de la globalización. El año 2000, las compañías indias adquirirían bienes de capital o insumos por valor de 957 millones de dólares. El año 2006 ellas adquirieron esos sectores por el valor de 20.200 millones. El año 2000 las compañías chinas compraron veintisiete firmas extranjeras por un valor total de 1800 millones de dólares, mientras que el año 2006 compraron ochenta y cinco compañías en US\$ 15 mil quinientos millones. Si uno examina las tendencias del mundo actual debe llegar a la conclusión de que, muy probablemente, en los próximos cincuenta años Asia se convertirá en el corazón del mismo.

ALGUNOS NUEVOS DESAFÍOS

El actual sistema internacional no es solamente menos estructurado sino también más contradictorio que el orden tradicional. Parte de su conflictividad proviene de la desvalorización de los sistemas políticos, militares y económicos que, en el pasado, encuadraron la vida de las naciones. Esto se debe, a su vez, a la mayor relevancia que los actores humanos han adquirido, para bien o para mal, en ese proceso, particularmente a partir de fines del siglo XX, después del período más expansivo del proceso de industrialización, de la emergencia de una sociedad de masas crecientemente organizada y de las guerras mundiales. Ilustraré esta tendencia que, respectivamente, se refiere a los sectores que están aprovechando las ventajas de un mundo más industrializado y a los sectores marginados.

La primera situación se refiere a una pregunta formulada por Moisés Naím acerca de si el mundo estará en condiciones de afrontar la creciente clase media que se está configurando en los países en desarrollo. Sostiene el autor: «La clase media que se está formando en esos países es el segmento de la población mundial que está creciendo más rápidamente. Mientras que en los próximos doce años la población del planeta aumentará en 1000 millones de personas los miembros de sus clases medias se incrementarán en 1800 millones. Un tercio de ella estará en China. Si bien esto es una buena noticia, ello significa también que en ese

* Ver «Mucho más que China» en *The Economist: The World in 2008*, pág. 59.

corto período la humanidad tendrá que ajustarse a presiones que no han tenido precedentes»¹⁰.

Esta tendencia sería el principal responsable del aumento de los precios de los productos alimentarios cuyo valor creció un 30% solo el año 2007. Pero esas nuevas clases medias también compran ropa, refrigeradores, medicinas, automóviles y viviendas. China y la India, que representan el 40% de la población mundial y son aún muy pobres, ya consumen más de la mitad del carbón, el hierro y el acero producidos en el mundo. Una parte importante del aumento de los precios del petróleo se debe a este fenómeno: la creciente clase media china es responsable de un tercio del consumo mundial de este producto. Se trata de preocupaciones más cercanas a nosotros que los problemas ecológicos que amenazan al planeta. Sin embargo, unos y otros fueron previstos hace cerca de cuarenta años y en 1972 dieron origen al Club de Roma, que fuera tan influyente en los años siguientes, y que impactó a la humanidad con su primer informe titulado *Los límites del crecimiento: proponiendo una política mundial de «crecimiento cero»*. Esos temores, sin embargo, prontamente fueron olvidados, para resurgir bajo la forma de la amenaza del cambio climático, del precio de la energía, de la producción de alimentos y del aumento

de su valor y otras amenazas que han sido objeto de la Convención de Kyoto.

Desde el otro extremo demográfico, el de los sectores más marginados y descontentos del planeta, para el mundo industrializado surge el fantasma del terrorismo. Por su universalidad, motivaciones y estrategias el terrorismo actual es distinto del antiguo. Aunque Al Qaeda sigue siendo el símbolo del terrorismo contemporáneo, resulta dudoso que aún sea el centro organizativo de este, si es que alguna vez lo fue. El terrorismo actual ha atravesado por varias etapas. La primera tuvo un foco tecnológico —concepto que explicaré más adelante— en Al Qaeda, y se originó en un grupo de afganos que durante la lucha con la Unión Soviética escaparon a Pakistán y desde allí regresaron a Afganistán en los años ochenta; fueron ellos los que después de varios siglos enarbolaron la bandera de la Jihad musulmana. Provenían en general de la clase media educada de los países árabes y nunca dispusieron de fuerzas de choque significativas sino que —como se verá— fueron una escuela superior del terrorismo. La segunda ola se reclutó entre una elite de emigrantes del Medio Oriente que fueron a occidente para estudiar en sus universidades, se separaron de su nación y su familia, y en los países que los recibieron se sintieron marginados y agredidos. Estos últimos renovaron el círculo de Al Qaeda, que en la actualidad consiste en un puñado de dirigentes cuyo núcleo central se encuentra en Pakistán, pero que dirigen sus estrategias desde distintas partes

M. Naím, «Can The World Afford a Middle Class?», *Foreign Policy*, marzo-abril 2008. Naím es el director de esa publicación.

del mundo. Pero la tercera ola es muy distinta de las anteriores y consiste en aspirantes a terroristas inspirados por su rechazo a la invasión de Iraq y por su admiración por sus víctimas, a las que consideran héroes. Este círculo fluido, de origen mucho más abierto, carece de condiciones para incorporarse a la central estratégica que representa Al Qaeda, pero posee todas las necesarias para absorber las más diversas capacidades, para difuminarse en el mundo moderno y para autofinanciarse a partir de una estructura –o desestructura– descentralizada¹¹.

Es interesante observar que las biografías de sus representantes principales reconocen como común denominador que aquello que los impulsó a enfrentar el mundo mediante el terrorismo fue su frustración frente a la exclusión de que occidente había hecho víctima al mundo islámico y frente a la invasión de Iraq¹². La tesis del autor de estas observaciones incluye la decadencia de Al Qaeda como representante del terrorismo a nivel mundial. Sin embargo, análisis anteriores han mostrado que este movimiento nunca fue una fuerza de choque organizada, basada en el reclutamiento disciplinado de operadores y de combatientes, sino más bien una especie de centro de cooperación

técnica capacitada para suministrar los conocimientos, las estrategias y las habilidades requeridas por el moderno terrorismo a los distintos grupos que habían optado por esa táctica para hacer valer sus reivindicaciones. En todo caso, cualquiera que sea la definición de los movimientos terroristas en la actualidad, un denominador común a todas estas descripciones apunta a que la estrategia de los Estados Unidos orientada a demonizarlos, identificarlos y destruirlos es contraproducente, debido a que el origen de esos movimientos radica en profundos resentimientos religiosos y nacionales, y a la ubicuidad y capacidad de reproducción que le da su dispersión a lo largo del mundo.

LA BURBUJA FINANCIERA

Los Estados Unidos –y con este el mundo– se encuentran sentados hoy sobre una burbuja financiera que, según muchos indicadores, está a punto de explotar. Estos breves comentarios han dejado afuera muchos de los rasgos centrales del sistema internacional durante los últimos cincuenta años, como la carrera nuclear, y han tratado someramente o han excluido del todo fenómenos que son más nuevos, como la amenaza ambiental, cuyos efectos se verán en un plazo más dilatado. Pero deberían asignar a la situación financiera internacional un primer lugar entre las amenazas que enfrenta el mundo a corto plazo, por más que –como explicaré enseguida– ella responda a

¹¹ Marc Sageman, "The Next Generation of Terror", *Foreign Policy*, marzo-abril 2008.

¹² Ver Marc Sageman, *The Leaderless Jihad: Terror Networks on the Twenty First Century*, University of Pennsylvania Press, 2008.

tendencias sociales y culturales de más larga duración.

Esto implica un cambio de prioridades ocurrido en un período de poco más de diez años. «Las fuerzas históricas que modelaron el siglo pasado continúan operando hoy. Vivimos en un mundo capturado, desarraigado y transformado por el titánico proceso económico y tecnológico que ha desencadenado el desarrollo del capitalismo. Pero este proceso no puede avanzar *ad infinitum*. Se advierten signos de que hemos alcanzado una crisis histórica. Las fuerzas generadas por una economía técnica-científica en vertiginoso desarrollo tienen hoy día la fuerza de destruir los fundamentos materiales de la vida humana en esta tierra. Y las estructuras de la sociedad también se encuentran a punto de ser destruidas»¹³. A partir de los años setenta la atención mundial se centró en la transformación productiva generada por el desarrollo de una nueva revolución tecnológica en los países industriales, así como en su contrapartida, la existencia de límites físicos al crecimiento económico, anunciado en un estilo wagneriano por el aumento de los precios del petróleo y por el Club de Roma. En poco más de treinta años, la preocupación se desplazó hacia la fragilidad que presenta la infraestructura financiera del crecimiento económico. Ello no solo se debe a la magnitud de este fenómeno sino también a la transversalidad que poseen sus

efectos. «El moderno sistema financiero internacional contiene un conjunto de amplificadores que multiplican el impacto tanto de sus pérdidas como de sus ganancias creando una enorme incertidumbre», declara un informe de *The Economist*¹⁴. Un ejemplo de esa transversalidad fue el hecho de que en agosto de 2008 la producción industrial de ese país sufriera su mayor baja desde 2006, cuando el huracán Katrina azotó las comunidades del Golfo de México.

Desde ese tiempo, en forma encubierta, y en la actualidad abiertamente, los Estados Unidos han enfrentado una severa crisis de liquidez y una fuerte restricción del crédito como consecuencia de un fenómeno que desborda el ámbito financiero y que es el gasto excesivo de los prósperos norteamericanos, cuyos componentes más importantes son financiados con créditos, en particular para viviendas. La crisis se originó en la pérdida del valor de las garantías hipotecarias y de toda una cadena de documentos que indirectamente se emitían por sus tenedores originales a otros bancos y a diversos intermediarios financieros, muchos de ellos creados por motivos especulativos, que les permitirían utilizar en el mercado el valor que ellas representaban. A ello se sumó

¹³ Eric Hobsbawm, *The Age of Extremes*, Vintage, 1996, pag. 558.

¹⁴ *The Economist*, 17-23 de mayo de 2008, «Informe Especial: La Banca Internacional» sección de 24 páginas dedicadas a este problema. Los antecedentes históricos de la situación mencionada están brillantemente expuestos por el historiador Niall Ferguson, *The Cash Nexus: Money in Power in the Modern World, 1700-2000*.

más tarde el aumento de los precios del petróleo y el incremento del desempleo. Pero, como expuse hace un momento, los Estados Unidos enfrentan una crisis que no solamente desborda el ámbito hipotecario sino también el financiero y golpea en áreas que las autoridades monetarias no podrían alcanzar. Pero ese país representa el 25 por ciento del PIB mundial y un porcentaje mayor de las transacciones financieras internacionales, por lo que el problema también desborda el ámbito puramente nacional.

Los consumidores norteamericanos gastan 9 billones de dólares al año comparados con 1 billon de dólares en el caso de los chinos. El mercado estadounidense es vital para la totalidad de los países del mundo, especialmente las potencias emergentes, y una recesión interna afectaría gravemente las exportaciones chinas. En los últimos años este país ha importado montos crecientes de componentes de otros países del Asia Oriental para ensamblarlos en casa y exportarlos, principalmente al mercado norteamericano. Una recesión en este último tendría un efecto en cadena en toda aquella región. El debilitamiento que ha estado experimentado el dólar contra otras monedas como el euro o el yen ha hecho más competitivo a ese país, pues ha permitido que sus socios comerciales compren más con menos dinero, mientras que los productos importados se están encareciendo en los supermercados a que acuden los norteamericanos. A una banca más temerosa frente al otorgamiento de créditos se

suma la incertidumbre experimentada por las bolsas de valores, los fondos financieros, los grandes bancos internacionales, la banca de inversión y las empresas de seguros, así como los «*hedge funds*» y la «*banca en la sombra*», un conjunto de instituciones que obtienen dinero a corto plazo para prestarlo o invertirlo en proyectos de más larga duración, instituciones todas ellas que enfrentan un riesgo mucho mayor que en el pasado. En un ambiente como este, las corporaciones multinacionales tendrán crecientes dificultades para invertir, contratar e incluso producir, con un freno adicional representado por la sobreoferta de viviendas, automóviles y otros bienes de consumo durables.

En este ambiente, asimismo, la política monetaria se vuelve menos influyente y es necesario recurrir a medidas excepcionales o extremas, que no pueden repetirse. Con los bancos, los fondos financieros y con Wall Street en pánico, esas medidas se iniciaron con la crisis del Bear Stearns, banco de inversiones prácticamente centenario, lo cual fue seguido por una intervención inicial del Federal Reserve en los mercados en una escala desconocida desde la crisis de los años treinta, hasta llegar a la intervención de los dos tenedores más grandes de garantías hipotecarias, las empresas Fanny May y Freddie Mac, ya mencionadas. Como en la imagen del dominó, en el curso de unos pocos días, después de un fin de semana angustioso marcado por toda clase de negociaciones, Merrill Lynch logró ser comprado por el Bank of América, mientras se anunciaba la quie-

bra de Lehman Brothers, la emblemática firma de inversiones que operaba hacía 150 años, en tanto que AIG –el gigante norteamericano de seguros– a un altísimo costo lograba ser recuperada. Los costos de la recuperación de algunos fragmentos de sistema financiero norteamericano para el Banco Central Europeo, el Bank of International Settlements, la banca central de muchos países de Europa, el Federal Reserve o el Departamento del Tesoro han sido gigantescos y a mediados de septiembre la forma que evolucionaría esta situación era imprevisible. La única luz en medio de la situación más grave que ha ocurrido después de la Gran Recesión de 1929 proviene de que hasta ahora se ha podido enfrentar la crisis con mejores instrumentos que aquellos con que se contaba en esa época.

MIRANDO HACIA ATRÁS

Mirando hacia atrás, la crisis de la burbuja financiera se remonta a causas y períodos más prolongados y profundos que la desvalorización de las garantías hipotecarias en los Estados Unidos, y que la magnitud y penetración que tuvo ese fenómeno en el sistema financiero global de ese país. Simplificando considerablemente esta cadena, debería mencionar, en primer lugar, el desarrollo de una fase hedonista en la sociedad capitalista de los Estados Unidos y el profundo cambio de valores que reemplazó aquellos inculcados por el puritanismo, según

Max Weber, basados en la sobriedad y en el *hard work* que sustentó el auge del capitalismo, en general, y la pujanza norteamericana, en particular, un estilo hedonista y consumista inducido por la seguridad y la prosperidad generadas durante la posguerra y después del *baby boom*. En segundo lugar, este cambio cultural se debió también a que el extraordinario incremento del ingreso y del gasto privado entre el público estadounidense se tradujo en un creciente costo y en el progresivo deterioro de los sistemas de protección social norteamericanos, como los de salud y las pensiones de retiro, y en un enorme gasto en educación y en bienes de consumo durables financiados por créditos. En tercer lugar, la tendencia de las grandes empresas productivas, financieras y aseguradoras de los Estados Unidos a embarcarse en actividades especulativas y aumentar el riesgo de sus operaciones, con el consiguiente debilitamiento de su sistema financiero, se produjo también en el marco de este cambio de valores. La generación que fue a la universidad o a hacer un MBA en la posguerra –los *yuppies*– tomaron el comando de aquellas empresas y fueron responsables de la tendencia mencionada. Esto condujo, en los últimos decenios, a crear un extraordinario clima de permisividad en los negocios (expresado en las escandalosas remuneraciones de los CEO de las grandes empresas), a mantener un sistema de supervisión cada vez más inadecuado y a la formación de lazos de complicidad inaceptables entre las

grandes compañías productoras, los mercados financieros y las más importantes firmas auditoras y aseguradoras. La creciente permisividad de las autoridades financieras pavimentó el camino para aumentar el riesgo de los créditos y desvalorizar sus garantías. Ahora estas autoridades financieras han tenido que hacerse cargo de la crisis elevando su compromiso a unos 700 mil millones de dólares para intentar llevar a cabo su rescate.

Pero, como sostiene un artículo firmado por académicos del Cato Institute y la Universidad de Pensilvania, reproducido el 22 de septiembre de 2008 por *El Mercurio*, ese esfuerzo no asegura el salvataje del sistema. La tesis de la Reserva Federal es que al hacerlo el Estado norteamericano está adquiriendo activos muy valiosos y logrando que se calmen los mercados, cumpliendo así con su papel de prestamista de última instancia. Pero la verdad es que esos activos estaban ya tan deteriorados que el sector privado no podía comprarlos. La corrupción del sistema se originó en su permisividad y en su creciente sesgo especulativo: las garantías hipotecarias, que representaban el grueso del respaldo con que contaba el sistema financiero, fueron vendidas y revendidas a través de una complicadísima maraña de instrumentos que recibieron el nombre genérico de derivados y que a través de esa cadena de transferencias especulativas terminaron perdiendo todo su valor en el mercado. El compromiso público por cerca de mil millones de dólares

que en principio requería el rescate del sistema difícilmente logrará producir en el mediano plazo una «solución ordenada» por la falta de transparencia que presenta era maraña financiera. La alarma pública imperante se ve agravada por cuanto a los ahorrantes y deudores que han salido perdedores de la crisis se agrega la mayoría de la sociedad norteamericana, afectada por el enorme pasivo del seguro social, el deterioro de la corporación llamada a garantizar esas pensiones (PBGIC) y el de las prestaciones del Medicare y el Medicaid. Lo que se está comprometiendo, en el fondo, es el dinero de los contribuyentes. Entretanto, en lugar de más confianza, se advierte más temor en los mercados.

Esta desconfianza se ha traducido en las expectativas de crecimiento global, que hasta hace poco eran del 3.5 %, y que ahora han bajado bruscamente. La prolongada especulación acerca de si los Estados Unidos se aproximaba o no a una crisis ha quedado en el pasado. Estamos viviendo la peor de las fases del proceso de destrucción creativa, que Schumpeter atribuyó a la evolución del capitalismo. La buena noticia es que la economía mundial depende un poco menos de la de los Estados Unidos que hace 70 años. Pero ¿cuánto menos?

Este somero recuento de los grandes problemas internacionales que se plantean en la actualidad, a los cuales deberían sumarse otros como la migraciones internacionales, el hambre, las pandemias y el calentamiento de

la tierra, tenía por objeto mostrar en forma empírica que el sistema internacional no solo ha cambiado radicalmente los temas en torno a los cuales operaba sino que ha dejado de tener una estructura relativamente estable, como ocurrió siempre a lo largo de los

tiempos modernos. Y mostrar también que los elementos más influyentes en el mismo son aquellos que siempre fueron considerados más volátiles, dejando a ese sistema dependiente de «los hoyos del queso».